

MENDOZA

Cosita loca llamada Vendimia

Por **LUIS ABREGO**
De la redacción de UNO

El denominado "género vendimial" es una zona indefinida donde cualquier cosa puede suceder. Una excusa para mezclar —a veces sin coherencia— los más variados recursos expresivos. Una fórmula donde se intenta equilibrar para satisfacer (al menos en un mínimo porcentaje) a un público heterogéneo en lo social y cultural. Sin embargo, esta alquimia autóctona tiene pautas fijadas de antemano: no podrá faltar nunca *La Virgen de la Carrodilla* y, en lo posible, se tratará de reflejar a las dos colectividades más importantes: españoles e italianos. Después de cumplir estos pre-requisitos parece que los hacendados de turno pueden darse lujos de innovar, variar, mezclar ingredientes y hasta cometer atrocidades (un ejemplo histórico fue el imberbe tractor amarillo de años anteriores).

En esta ocasión, la *Vendimia del Vino* de **Gloria Bratschi** no se salió de los cánones establecidos, y además de cumplir con los pre-requisitos citados intentó hacer correr su audacia por el andarivel de la musicalización, que en gran parte fue diseñada especialmente para la fiesta por **Alejandro Scarpetta** y **Ricardo Marino**. Una banda sonora sólida, acorde con los antecedentes, y que por momentos convocó la atención tanto o mejor que los temas conocidos por el público. Sin embargo, en el ecléctico marco vendimial, y como espasmos o pesadillas, uno puede pasar de la bella *Zamba del riego* de los mendocinísimos **Mathus** y **Tejada Gómez**, interpretados por **Leonor** y **Gerardo Poblet** a los semialaridos de **Valeria Lynch** (¿?).

Y más allá de que esto pueda considerarse un error —pensemos que sólo es una diferencia de criterio—, el crack se acentúa cuando estos saltos estéticos, incluso de tiempo y espacio, se trasladan de los oídos a los ojos, y en el escenario las simpáticas mozas mendocinas y sus seductores cosechadores empiezan a ceder espacio a karatecas que agitan dagas orientales amenazantes, y las cosas se confunden tanto que uno alucina que en cualquier momento aparece otra vez el tractor amarillo. No, no, es sólo mal de altura.

La montaña rusa se encarrila, vuelve el alma al cuerpo y vuelven las polcas, las cuecas, las tonadas y esta les regalan vino a los asistentes. Eso sí que fue un acierto. ¿Cómo se pudo haber festejado la fiesta del vino durante 60 años sin ni siquiera brindar? Eso no era de menducos y, por suerte, este año se rompió el maleficio.

¿Será que habremos tomado demasiado, o es que realmente vemos gente disfrazada de botellas flúo que hacen como que bailan? No, es así. Parecen un capítulo de *Los Pitufos*, pero en realidad es la

Quedó nuevamente demostrado que el espectáculo de la fiesta es una zona indefinida donde cualquier cosa puede suceder

Danza de las botellas, tal vez el momento menos feliz de la noche. Faltos de coordinación coreográfica, que no fue exclusiva de ese cuadro, los bailarines en vez de danzar deambularon sobre la escena, cual acto del colegio secundario. El fantasma del tractor sobrevoló una vez más el teatro griego.

Para reponerse, nada mejor que música contemporánea bien elegida, que sustentó cuadros simpáticos y bien resueltos con *Salud, dinero y amor* de **Andrés Calamaro**



La Danza de las botellas, uno de los cuadros menos lucidos de la Vendimia del vino, que se realizó en el Frank Romero Day.

y *Los Rodríguez* y *Tomate un vino* de los mendocinos **Karamelo Santo**. Dos canciones homenaje al vino, que hicieron mover a todos en uno de los picos de participación popular de la noche.

La montaña rusa no se detiene, ahora nos lleva por *El Danubio azul*, y nos tira en otra tonada inspirada en la memoria de **Abelardo Vázquez**, verdadero poeta del vino, que además escribió y dirigió vendimias y a quien seguramente no le habrían gustado demasiado algunas metáforas de este guión, como por ejemplo: "*Su gesto agrícola...*", "*la bandera vegetal...*", el "*cauce plateado conversando con la arena...*", etcétera.

Para el final, una invitación a la integración latinoamericana, recordando que ésta y no otra es la tie-

rra del sol y del buen vino. Algo que en este tiempo todo el mundo se encarga de hacernos recordar cual constante letanía, cual lugar común rayano en la insistencia.

Después seguiría la fiesta de la tradición mendocina con el cuarteto **Marín-Suden-López Pájaro-Andreoni**, quienes también ya forman parte del inconsciente colectivo vendimial. En sus voces las frases "*un voto para...*" retumban en la memoria de los mendocinos cual reto de los padres en la infancia. En fin, de íconos también vive la vendimia, y nuestros locutores ya integran el inventario de honor vendimial.

En síntesis, elegías al sol, el recuerdo de los ancestros, la presencia de los premios internacionales de nuestros vinos, la reivindica-

ción de las costumbres y la exhortación al cuidado del agua fueron las líneas temáticas por donde corrió la *Vendimia del vino*. Una vendimia con algunos aciertos, incluso escénicos, como la integración de los actores y el público en algunos pasajes, la cuidada iluminación y el vestuario, pero con numerosos puntos flacos, suponemos producto más de la adecuación al género (incluso presupuestaria) que de las intenciones originales de los responsables, quienes como todos sus antecesores pueden exhibir el aplauso del público como el mejor de los premios. Será que en Vendimia los corazones se agrandan, la generosidad fluye y el vino, las luces y los cerros nos hacen minimizar el desmadre de las botellas o los tractores prepotentes.